







RELIGIOSAS

Santos y Cultos de hoy
San Nicolás de Bari, Obispo y confesor; Santos Emiliano, Policrónico y Bonifacio, mártires, y Santos Asela, virgen, y Dionisia, Dativa y Leoncia, mártires.

En Jesús, ídem el padre Severiano de Santibañez.
En Portugueses, ídem el padre Gregorio Rodríguez.

EL DÍA EN EL AYUNTAMIENTO

La fiesta de los maceros.
Conforme habíamos anunciado, ayer mañana celebraron los maceros una solemne función religiosa en la nueva parroquia de Santa María de la Almudena, al Santo Ángel de la Guardia.

LA VIDA ESCOLAR

Por la Comisión permanente del Consejo de Instrucción pública ha sido elevada al ministerio la siguiente propuesta de prelación a favor de los catedráticos de Universidad que se expresan:
Facultad de Filosofía y Letras: De 1.000 pesetas a D. Pascual Moreno y D. Enrique Sons, de las de Salamanca y Madrid, respectivamente; de 500, a D. Pedro Urbano G. de la Calle, D. José Deleito y D. Ramón Velasco, de las de Salamanca y Valencia.

tas, bajas y alteraciones sufridas habidas en el último que vio la luz.
Se ha concedido derecho al percibo de la correspondiente gratificación por enseñanzas acumuladas a D. Aurelio Arévalo, auxiliar de Ciencias en el Instituto de Segovia.

En virtud de traslación han sido nombrados D. José María Moar, D. Prudencio Vidal Jiménez y D. Manuel Saavedra, profesores de Pedagogía de los Institutos de Lugo y Albaladejo y Escuela Normal de Maestros de Salamanca, respectivamente.

lona, Granada, Málaga, Jerez, Barcelona, Sevilla, Barcelona y Valencia, números 1 al 19 de elementales de 2.000 pesetas.

ESPECTÁCULOS

PARA HOY
REAL.—Función 19 de abono.
8.º del turno 1.º.—A las 8.—El ocaso de los dioses.

Juan Carrara é Hijos

CALLE REAL, GIBRALTAR
Agencia de vapores trasatlánticos para el Brasil y la Argentina
PROXIMAS SALIDAS (SALVO MODIFICACION)
Para Santos y Buenos Aires el magnífico trasatlántico italiano "BOLOGNA"

FÁBRICA Y ALMACENES DE BRONCE

PRIMERA CASA EN ESPAÑA
ESPECIALIDAD EN ARTÍCULOS PARA EL CULTO DIVINO
Candeleros, candelabros, lámparas, luminarias, arañas, custodias, cédulas, copones, patenas, ciriales, artilles, sacras, tabernáculos, balustradas para coros y presbiterios, etcétera, etc.

NO MAS PURGAS!

Con los "Supositorios Victoria" a la glicerina sulfocada se destierra el estreñimiento. Caja, 1.50.
Victoria, S.-Madrid
Gran Relojería de París
FUENCARRAL, 59, MADRID

Con 30 por 100 de economía vendemos bonitos objetos en plata y en oro para regalos.
Medallas religiosas en oro y plata de ley. Relojes para bolsillo desde 5 ptas.
JOYERIA Y RELOJERIA
LOPEZ HERMANOS
13, MONTERA, 13
SE COMPRE ORO, PLATA Y PLATINO

DOS MIL DUROS

PARA NUESTROS LECTORES
EL DEBATE regala a sus suscriptores y lectores
2.000 duros
1.000 duros
1.000 pesetas
500 pesetas
250 pesetas
500 pesetas
250 pesetas
2.500 pesetas

Folleto de EL DEBATE (33)

EL HUÉRFANO

HOSPICIO

POR CARLOS DICKENS
TRADUCCIÓN DE Enrique Leopoledo de Verneuil

Indio, poniendo una vela sobre la mesa, y ahí tienes un libro para distraerte hasta que vengan por ti. Buenas noches.
—Buenas noches, señor—contestó con calma Oliverio.

Una vez solo, Oliverio, ocultando su cabeza entre las manos, comenzó a reflexionar con angustia en las palabras de Fagin y su recomendación, perdiéndose en conjeturas acerca de su sentido. Si se abrigaban respecto a él proyectos criminales, ¿no podrían ponerse en ejecución lo mismo en la casa de Fagin que en la de Sikes? Bien considerado todo, fijóse en la idea de que le habían elegido para el desempeño de los quehaceres domésticos hasta encontrar otro chico que se conviniese más; y consolado la idea de separarse de aquel hombre, que tanto le hacía sufrir. Permaneció algunos minutos sumido en estos pensamientos, y al fin, despidiendo la vela, cogió el libro que le dejara Fagin para entretenimiento.

mitirle ser culpable. Serenóse luego poco a poco, y con voz débil y temblorosa imploró al cielo para que le ayudase en medio de los peligros que le amenazaban; y compadeciéndose de un pobre muchacho abandonado, que no había conocido nunca el afecto de un pariente ó de un amigo, le socorriera en aquel trance en que, desesperado y sin apoyo, hallábase a la merced de hombres perversos y criminales.
Terminada su oración, aún estaba de rodillas, con la cabeza entre las manos, cuando un ligero ruido le hizo estremecerse.
—¿Quién es?—exclamó levantándose, al ver una persona en el umbral de la puerta.
—Soy yo, soy yo sola—contestó una voz temblorosa.
Oliverio levantó la luz para ver a la persona que tenía delante.
Era Nancy.
—Baja esa luz—dijo la joven volviendo la cabeza; me hace daño a la vista.
Oliverio notó que Nancy estaba muy pálida, y le preguntó afectuosamente si se sentía indispuesta; pero la joven, dejándose caer sobre una silla y volviendo la cabeza, comenzó a retorcerse las manos sin contestar.

y dijo, mirando a su alrededor y reparando el desorden de su ropa:
—No sé lo que me da de vez en cuando; acaso será el efecto que me produce esta habitación sucia y repugnante. Ahora bien; ¿estás ya dispuesto, amigo Oliverio?
—Pues qué, ¿me voy con usted?—preguntó el chico.
—Sí—replicó Nancy—vengo de parte de Guillermo, y es preciso que vengas conmigo.
—¿Para qué?—preguntó Oliverio retrocediendo dos pasos.
—¿Para qué?—repitió la joven mirando fijamente al chico.
Pero su mirada se encontró con la del muchacho, y repuso, bajando la vista:
—¡Oh, para nada malo, hijo mío!
—Lo dudo—dijo Oliverio, que observaba atentamente a Nancy.
—Como quieras—replicó la joven con una sonrisa afectada;—entonces te diré que para nada bueno.
Oliverio pudo notar que tenía alguna influencia sobre la sensibilidad de Nancy, y concibió por un momento la idea de recurrir a su conmiseración; pero ocurrióle de repente que apenas eran las once, que había aún mucha gente en las calles, y que acaso hallaría alguno que prestara oído a sus palabras. Hecha esta reflexión, adelantóse hacia la puerta y dijo que estaba pronto.
Pero ni la reflexión ni el proyecto del chico escaparon a la penetración de Nancy; miró atentamente a Oliverio, y con una expresión que indicaba que había comprendido perfectamente su pensamiento, dijo en voz baja, inclinándose hacia él y señalándole la puerta:
—¡Chit! Ahora no te puedes escapar. He hecho por ti cuanto me ha sido posible, pero no hay medio, pues estás cerrado por todas partes. Si alguna vez te has de

escapar, ten por seguro que no será en este momento.
Admirado al oír el acento enérgico de la joven, Oliverio la miró con asombro. Era evidente que hablaba con formalidad, pues estaba pálida y agitada y se la veía temblar con todo su cuerpo.
—Yo te he librado ya de muchos malos tratamientos—continuó la joven,—y aún te libraré de más; para eso estoy aquí. Si otro te hubiera venido a buscar, puedes estar seguro que habría procedido con más dureza. He prometido que serías bueno y dócil, y si no lo haces así, no conseguirás sino perjudicarnos a los dos, siendo quizás la causa de mi muerte. ¡Mira! Aquí podrás ver lo que he sufrido por causa tuya, tan cierto como Dios está en el cielo.
Así diciendo, la joven enseñó a Oliverio su cuello y brazos cubiertos de cardenales.
—No olvides esto—continuó Nancy hablando muy de prisa,—y no trates de aumentar en este instante mis sufrimientos; lo que yo más deseo es socorrerte, pero ahora no me es posible. No hay intención de hacerte daño, y tú no eres responsable de lo que te exijan. ¡Cállate! Cada una de tus palabras me hace daño; dame la mano.
—¡Fronto, pronto!
Y cogiendo la mano, que Oliverio alargaba maquinalmente, apagó la luz y condujo al chico hasta la escalera. Una vez allí, abrióse la puerta con el mayor sigilo por una persona oculta en la oscuridad, volviéndose a cerrar inmediatamente. Aguardábase un coche en la calle; Nancy hizo subir a Oliverio, y colocándose a su lado bajó las cortinillas, después de lo cual, el cochero, sin preguntar dónde irían y arreando al caballo, desapareció como una exhalación.
Nancy oprimía siempre la mano de Oliverio, reiterándole en voz baja sus consejos y advertencias. Todo aquello fue obra de un momento, y apenas empezaba

el chico a darse cuenta de lo que le sucedía, cuando el cochero se detuvo a la puerta de la casa donde el juicio había ido a vispera.
Oliverio dirigió una mirada a la desierta calle, y estuvo a punto de pedir socorro, pero la joven le hablaba al oído, sin plantarle con tal insistencia que no le comprometiese, que no tuvo valor para gritar. De todos modos, ya no era tiempo pues hallábase dentro de la casa, y la puerta se acababa de cerrar.
—Por aquí—dijo Nancy dejando la mano de Oliverio.—¡Guillermo!
—¡Allá voy!—contestó Sikes, dejándose ver en el alto de la escalera con una luz en la mano.—¡Oh, todo va bien, sube!
Para un hombre del temple de Sikes eran aquellas palabras de satisfacción y una acogida singularmente cordial. Nancy pareció agradecerlo y saludóle amistosamente.
—He mandado fuera al Turco y a Tom porque podrían estorbarnos—observó Sikes alumblando la escalera.
—Bien hecho—contestó Nancy.
—¡Vamos! ¿Y Traes ya ese corderillo?—dijo Sikes cerrando la puerta y cuando hubieron entrado en la habitación.
—He aquí—contestó la joven.
—¿Y ha estado quieto?
—Como una oveja.
—Bueno es saberlo—dijo Sikes mirando a Oliverio con aire feroz,—tanto mejor para tus huesos, pues de lo contrario, creo que se hubieran resentido un poco. Ven acá, rapachón, y escúchame bien, porque tanto vale que nos entendamos de una vez para siempre.
Hablando así a su nuevo protegido, despojó Sikes de la gorra y la arrojó a un rincón; cogióle después de un brazo, sen-

(Se continuará)